

**CLAUSURA****IX Jornadas Financieras Deusto Business School****(Tema: Fondos Next Generation)****VICECONSEJERO DE ECONOMÍA Y FONDOS EUROPEOS****21 de marzo de 2022**

Eguerdi on denoi, en primer lugar quiero disculpar la ausencia del Sailburu de Economía y Hacienda, Pedro Azpiazu, que por motivos de agenda de última hora no ha podido asistir como le hubiese gustado a este cierre que tradicionalmente viene realizando en las últimas ediciones de estas jornadas financieras y es para mí un honor poder hacerlo en su lugar.

El historiador y escritor Yuval Noah Harari explica de manera muy elocuente en su libro "*Sapiens: de animales a dioses*" que la clave para que el ser humano sea la especie animal que domina el Planeta está en nuestra capacidad para cooperar de manera flexible y a gran escala y argumenta también que podemos hacerlo porque somos la única especie capaz de imaginar y crear historias, y mientras todos creamos las mismas historias, todos podemos seguir las mismas reglas.

El ser humano ha imaginado y creado narrativas poderosas a lo largo de la Historia que han sido determinantes en el devenir de los acontecimientos y el desarrollo de las civilizaciones y



sociedades que han habitado el Planeta. Sin embargo, estas narrativas son fuertes vientos que cuando no los gobernamos adecuadamente pueden hacernos encallar o, lo que es peor, hundirnos irremisiblemente en el mar embravecido.

Nuestra responsabilidad como gobernantes es la de orientar las velas para aprovechar los vientos favorables y evitar aquellos que nos alejen del progreso y el bienestar de los ciudadanos. Recientemente la comunidad internacional a través de las Naciones Unidas ha señalado una narrativa enriquecedora, un viento favorable, que describe las bondades de un desarrollo justo y sostenible que permitiría erradicar la pobreza, proteger el Planeta y asegurar la prosperidad tanto de las generaciones presentes como de las futuras.

Esta visión compartida se ha resumido en lo que hemos denominado los Objetivos de Desarrollo Sostenible y, comprendiendo la urgencia de los retos planteados, se ha establecido el período 2020-2030 como la ventana de oportunidad para alcanzar dichos objetivos.

Sin embargo, hemos comenzado esta década, la llamada "*década de la acción*", con mal pie. Estrenamos el año 2020 azotados por una crisis sanitaria global que ha obligado a todas



las economías del Planeta a aguantar el temporal amurado a él, derivando al compás de las olas.

Aun así, no nos hemos rendido y hemos articulado una respuesta audaz, construyendo velas más resistentes a la rotura con el objetivo de volver a gobernar a rumbo incluso antes de que amaine el temporal.

En Europa, la Iniciativa *Next Generation EU* y su principal instrumento, el Mecanismo de Recuperación y Resiliencia, representan la apuesta redoblada de salir reforzados de la crisis sanitaria y *"guiar y construir una Europa más sostenible, resiliente y justa para la próxima generación, en consonancia con los Objetivos de Desarrollo Sostenible de las Naciones Unidas"*.

Pero los vientos de guerra que nos llegan desde el Dniéper por la invasión rusa de Ucrania van a tener implicaciones de primer orden en la agenda europea a corto y medio plazo. Hasta el estallido del conflicto bélico la expectativa en la Unión Europea era que la descarbonización, la digitalización y las inversiones en resiliencia dominaran la agenda de actuaciones prioritarias en esta década. Ahora se añade a esta agenda la seguridad, tanto económica como de defensa.



Es cierto que la crisis humanitaria que se está produciendo en el este de Europa debería ser un foco importante de nuestra atención y preocupación. Sin embargo, también corremos el riesgo de que esta nueva incorporación al relato de los acontecimientos futuros quiebre la convicción de nuestras instituciones en mantener la apuesta por las transformaciones energético-ambiental y digital que contribuirán a la construcción de un futuro habitable, sostenible y justo para todos.

Si el final de la Guerra Fría supuso la llegada de los “dividendos de la paz” al mundo, también a Europa, mediante una reorientación de producción militar hacia producción civil gracias a la traslación a este mercado de tecnologías duales con amplios campos de aplicación en actividades estrictamente civiles que beneficiaban al conjunto del planeta, el regreso a la actividad militar puede suponer un importante coste de oportunidad.

Los países de la UE gastan en la actualidad el 1,5% del PIB en defensa, en los años 50 del siglo pasado llegaron a gastar hasta el 4%. Recientemente, el canciller alemán, Olaf Scholz, anunciaba una partida extraordinaria de 100.000 millones de euros para mejorar el Ejército alemán y un aumento de la inversión anual en Defensa de más del 2% del producto interior bruto.



Y sin embargo, la verdadera lección procedente de los campos de batalla de Ucrania es que Europa debe deshacerse cuanto antes de su dependencia de los combustibles fósiles y pasar a depender de fuentes de energía renovables. Tenemos que hacerlo para evitar chantajes energéticos y, al mismo tiempo, enviar un mensaje al resto del mundo de que nos tomamos muy en serio la crisis climática que se avecina. Todo eso pasa por mantener el rumbo y reforzar la apuesta por la transición energético ecológica. Es cierto que los resultados no serán inmediatos, pero como tampoco lo serán los que resulten de cualquier tipo de carrera armamentística.

La necesidad de seguir esta senda se refleja en las palabras finales del último informe del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC), publicado el pasado 28 de febrero: *"Cualquier nuevo retraso en la adopción de medidas concretas y anticipadas a nivel mundial en materia de adaptación y mitigación hará que se pierda una breve y fugaz ventana de oportunidad de asegurar un futuro habitable y sostenible para todos."*

No es la primera ni será la última vez en la que las urgencias del presente nublan la vista de Europa y dificulta la visión a largo plazo. Esta miopía hizo que algunos países de la zona euro vieran mermada su capacidad para la utilización de la política fiscal



durante la crisis de la deuda soberana, cuando más se necesitaba.

Al mismo tiempo, la principal víctima de la consolidación fiscal impuesta en la zona euro ha sido la inversión pública. En tiempos difíciles, es mucho más fácil recortar las inversiones públicas, cuyos beneficios solo son visibles a medio plazo, que otros gastos cuyos efectos son inmediatos, un fenómeno que el gobernador del Banco de Inglaterra, Mark Carney, bautizó como la "tragedia de los horizontes". Por ello, la inversión ha sufrido un fuerte golpe en las últimas dos décadas, y esto ha sido más acusado en los países con mayores niveles de endeudamiento público.

La respuesta a la última crisis sanitaria ofrece la oportunidad de reformar las normas para corregir este carácter procíclico de la política fiscal, sin poner en peligro el nivel futuro de bienestar al aplazar la inversión. El objetivo y el alcance del Mecanismo de Recuperación y Resiliencia es precisamente ayudar a los países y regiones a mantener durante los próximos cinco años un nivel mínimo de ambición común a todos en inversiones verdes y digitales y coherente con los objetivos de la Unión Europea, permitiendo al mismo tiempo a los fondos nacionales gestionar la pandemia.



Pero cuando el fondo se acabe, las deudas nacionales se convertirán en una verdadera limitación. Y será igual de importante entonces continuar con las inversiones sin arriesgar la sostenibilidad fiscal de nadie. La Unión Europea tiene ahora la oportunidad de repensar no sólo las normas fiscales sino el marco fiscal más amplio, dando un carácter estable a los Fondos Europeos como mecanismo para compartir riesgos cuando se trata de bienes públicos europeos.

De momento afrontamos 24 meses clave para comprometer los primeros 70.000 millones de euros asignados en forma de subvención. Meses que también van a ser muy importantes para solicitar otros 70.000 millones de euros en forma de préstamos que se contemplan en el Mecanismo de Recuperación y Resiliencia.

Para ello se debe presentar un nuevo Plan de Recuperación, Transformación y Resiliencia que amplíe las intervenciones a ejecutar por parte de las diferentes administraciones públicas. Se presenta, de este modo, una oportunidad para implicar a las Comunidades Autónomas y Entidades Locales en el diseño de dicha ampliación del plan.

Desde el Gobierno Vasco hemos reivindicado en este sentido que las Comunidades Autónomas diseñemos las intervenciones en



forma de reformas y de inversiones en el ámbito de las políticas públicas de nuestra competencia.

El acceso a esta línea de crédito se antoja crucial en un contexto de regreso paulatino del Pacto de Estabilidad y Crecimiento y de las reglas de consolidación fiscal que nos situarán de nuevo en la senda de contención del gasto y de la inversión. Más aún cuando tendremos que dedicar más recursos a afianzar la seguridad económica y política de Europa y paliar los efectos devastadores de una guerra sin sentido.

Además, el acceso a recursos para financiar inversiones en ámbitos de nuestra competencia no puede suponer en ningún caso una menor capacidad de decisión ni una merma del autogobierno.

Si los 70.000 millones en créditos del Mecanismo de Recuperación y Resiliencia sustituyen nuestra capacidad de endeudamiento, que no sea a costa de perder capacidad de decisión.

Confiemos, por otro lado, que la revisión de la gobernanza económica europea y del pacto de estabilidad y crecimiento en particular, no impidan seguir apostando por la inversión en las



grandes transformaciones pendientes. Todo lo contrario, esta nueva gobernanza económica europea debe estimular la inversión, pública, pública-privada y privada de forma estructural apostando por una política fiscal orientada a la misión de lucha contra el cambio climático.

No solo porque el nivel de inversión pública no ha alcanzado aún los niveles de inversión previos a la Gran Recesión de 2008, sino porque los recientes acuerdos de la Cumbre de Glasgow nos obligan a realizar un esfuerzo inversor muy importante y muy focalizado en la lucha contra el cambio climático y la gobernanza económica no puede suponer un lastre en dicha lucha. En este sentido, la iniciativa *Next Generation EU* es necesaria pero no suficiente para afrontar estas transformaciones. Sería una lástima que el camino iniciado se viese truncado en sus primeros y balbuceantes pasos.

Lo que sí está en nuestras manos, es que al menos, la ejecución de los recursos del Mecanismo de Recuperación y Resiliencia sean un éxito y una demostración al conjunto de la Unión Europea de las bondades de afrontar colectivamente sin dejar a nadie atrás retos que son planetarios.

Los proyectos transformadores que impulsamos desde las instituciones vascas garantizarán ese éxito y por este motivo,



confiamos en que el Gobierno de España los considere más pronto que tarde.

Volviendo a la tesis de Yuval Harari sobre las claves del éxito de la especie humana, tenemos una visión compartida de un futuro mejor para las generaciones futuras y eso debería permitirnos coordinarnos a gran escala y de manera flexible para afrontar los grandes retos que se nos plantean en el futuro inmediato. Los Fondos *Next Generation* son un ejemplo de visión compartida y de colaboración en todos los niveles: público-privada, entre estados y regiones y entre niveles administrativos. Traslademos nuestro lema de "auzolana", "*Euskadi, bien común*", al proyecto de construcción de una nueva gobernanza europea para la transformación y el progreso.